

Xavier Antich

# Momentos musicales

He vuelto a recordar la última noche de los Proms. No estuve en Londres el pasado 11 de septiembre, pero tampoco importa. No es preciso estar en Viena el 1 de enero para volverse loco con la Filarmónica. Por suerte, tenía la radio. Allí estaban la orquesta y coros de la BBC, el Royal Albert Hall a reventar de gente dispuesta a pasárselo en grande sin protocolos, y miles y miles de espectadores en Hyde Park y otros parques y plazas británicas. La misma emoción cada año, hace más de un siglo. El menú, Chaikovski, Smetana, Richard Strauss entre otros, además, claro está, del previsible delirio: *Rule Britannia*, lo más parecido en los Proms a la *Marcha Radetzky*; *Jerusalem*, la música de lord Parry con texto de William Blake; y, por supuesto, *Land of hope and glory*, de Elgar, con la sala puesta en pie y todas las bande-

Aquí, donde las estructuras musicales son tan frágiles, no es menor una noticia como la disolución de la JONC

ras y sombreros al viento. “La última noche”, como se la conoce popularmente en el Reino Unido, sin que haya duda de confusión, cierra los dos meses del ciclo de conciertos más popular de Europa: una auténtica fiesta de la música (antes llamada clásica) para todos los públicos, vivida con una entrega, una energía y un júbilo realmente envidiables.

He vuelto a recordar mis paseos por el campus de la Universidad de Stanford, en California, el otoño pasado, entre clase y clase, cuando era posible sentarse en los bancos del Memorial Church y escuchar cómo el organista titular, el dr. Robert Huw Morgan, ensayaba alguna partitura de Bach. Se había propuesto presentar, durante dos años, concierto a concierto, la

obra completa de Bach para órgano, y casi cada mañana estaba ahí, dándole a las teclas y los pedales. Huelga decir que cada concierto fue un acontecimiento al que acudían, en tropel, estudiantes, familias y vecinos de Palo Alto y Silicon Valley. Un acontecimiento, como cada vez que actuaba el coro de cámara, la orquesta de jazz, el coro o la orquesta sinfónicos, el conjunto de viento o los conjuntos de música antigua, además de, por supuesto, la popularísima Leland Stanford Junior University Marching Band, que festeja cualquier jornada deportiva. La universidad tiene unos quince mil estudiantes. Echen cuentas sobre el protagonismo de la música en el valle de la tecnología punta.

He vuelto a recordar *Esto es ritmo!*, la película de Thomas Grube y Sánchez Lansch sobre una experiencia inolvidable de Simon Rattle y la Filarmónica de Berlín, con más de doscientos escolares alemanes de todas las edades y culturas bailando a Stravinski después de meses de trabajar en un experimento pedagógico, artístico y musical emocionante y modélico. Hacer sentir la música hasta el extremo de transformar el cuerpo, convertir a Stravinski en un colega imprescindible, hacer del baile y la danza un poderosísimo vehículo de integración, de educación, de aprendizaje... Una de las formaciones más elitistas del mundo transformada por Rattle para llevar la música fuera de los muros dorados de Hans Scharoun hasta las escuelas periféricas más conflictivas: hasta los más escépticos cayeron rendidos ante la capacidad emancipatoria de la música.

He vuelto a recordar el paso por Bar-

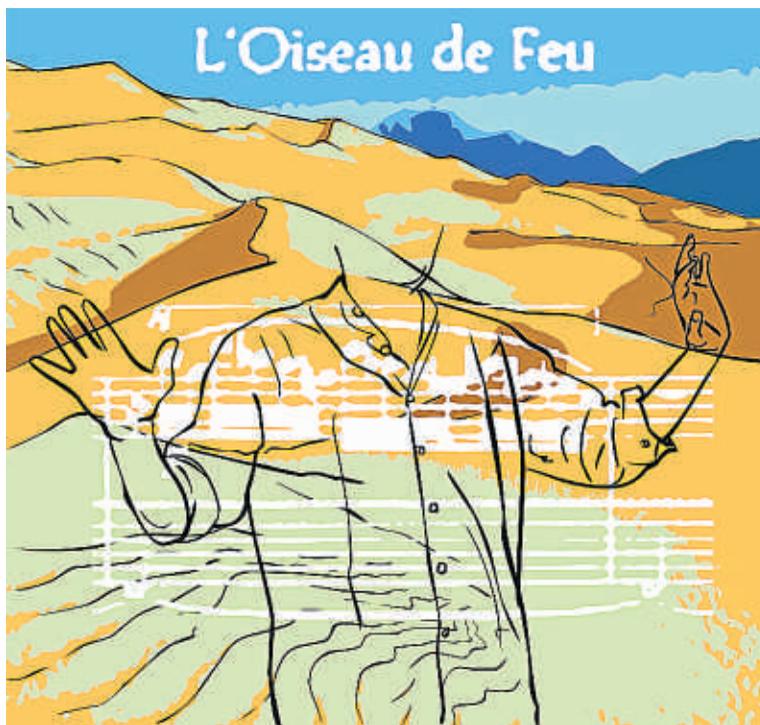
celona de Gustavo Dudamel con la Orquesta Juvenil Simón Bolívar, la perla del sistema venezolano de orquestas infantiles y juveniles, fundada en 1975 por el visionario José Antonio Abreu con la ambición de convertir la orquesta sinfónica y los coros en instrumentos de organización social y desarrollo comunitario. Actualmente, forman a más de trescientos cincuenta

mo musical con el que los recibíamos. Hoy, con dificultades, pero con mucha ilusión, sobreviven formaciones orquestales juveniles en el Baix Llobregat, Anoia, la Selva, Figueres, Girona y alguna de sus comarcas. Son, cada una a su modo, construcciones de futuro, aunque su modelo es el de una cultura que todavía no existe. Pero ahí están, soñando un futuro diferente.

Por ello, leo con tristeza y una extraña mezcla de estupefacción e irritación que el Departament d'Educació pretenda diluir a la JONC en la Esmuc (Escola Superior de Música de Catalunya), entorpeciendo su autonomía, ignorando la realidad educativa musical del país y anticipando la reconversión de la JONC en orquesta de la Esmuc, con el discutible argumento del tacaño. El próximo 14 de octubre parece el día previsto para perpetrar este disparate. Confiemos en que el conseller Ernest Maragall no se quiera despedir del Govern con un broche de este calado. Mascarell todavía arrastra el borrón de haber mirado a otro sitio cuando se cargaban la Orquesta de Cambra del Teatre Lliure. No se trata de una noticia menor. No en un país con un déficit musical histórico. Aquí,

donde las estructuras musicales son tan frágiles y vulnerables, donde cualquier iniciativa que pretenda normalizar el papel de determinada música en el espacio cultural ha de sortear mil dificultades, no hay noticia menor. Y lo que se oye sobre la JONC es grave.

Musicalmente, ya nunca seremos todo eso que tanto admiramos. Pero es imperdonable que quien tiene el vaso de agua en este desierto lo vuelque para que nadie beba.●



IGNOT

mil niños, niñas, adolescentes y jóvenes. Si eso no es una revolución, que baje Dios y lo vea.

He vuelto a recordar los primeros pasos, en los noventa, de la Jove Orquestra Nacional de Catalunya (JONC). Un proyecto pionero en un país musicalmente analfabeto, una gota de agua en el desierto. Una iniciativa que permitió imaginar un día en el que también tendríamos orquestas y formaciones diversas por todo el país, y nuestros jóvenes saldrían del pára-

Antoni Puigverd

# El hilo perdido de Ariadna

La semana pasada se presentó en Barcelona el último libro en catalán de un ensayista que no cuenta con el (re)conocimiento merecido, quizás debido a su altura intelectual. Me refiero al antropólogo Lluís Duch. Un pensador con voz y lenguaje propios, cuya monumental *Antropología de la vida cotidiana* es más valorada en México que en Catalunya a pesar de haber sido publicada en catalán (seis volúmenes en Publicacions de l'Abadia de Montserrat). No deja de ser paradójico (a la luz de la sobreexcitación catalanista) que el reconocimiento de un autor catalán dependa en la propia Catalunya de la versión en castellano de sus libros. Lo cierto es que la madrileña editorial Trotta tiene en curso de publicación la citada antropología y que otros títulos de Duch publicados en castellano por Herder, Paidós, PPC y Claret están normalizando en toda España la figura de uno de los escasos ensayistas autóctonos que merecen el apelativo de pensador.

Todos los libros de Duch son muchos libros en uno y sería una temeridad pretender resumirlo. Glosaré un par de gotas de su generosa lluvia de ideas. Siendo *Religió i comunicació* (Fragmenta) una obra que estudia la desaparición de la religión del espacio público y el derrumbe de interioridad, es a la vez un ensayo sobre la comuni-

cación humana, que Duch distingue de la información: “En una sociedad tan exhaustivamente informada, la gran y mortal epidemia de nuestro tiempo es la incomunicación”. Sin comunicación, se derrumba la cultura humana: nuestros símbolos y narraciones, mitos y tradiciones, nuestra historia, la ética que nos distingue, nuestras ilusiones de futuro, todo aquello que nos acercaba al concepto de comunidad está en crisis, cuando no en bancarrota.

Comunicar, sostiene Duch, no es un trabajo de recadería. No es trasladar al receptor lo que piensa o sabe un emisor. No. La comunicación establece un vínculo. Facilita el imprescindible intercambio entre emisor y receptor. Comunicar es transmitir, sí, pero transmitir es, por una parte, recibir, y, por otra, transformar. Ambiguo era el proceso con que la tradición se heredaba: los receptores de una herencia la releían, la reinterpretaban, la renovaban. La cultura humana se ha heredado, pero se ha movido, ha cambiado. El futuro se experimentaba en el pasado. Tradición y modernidad fueron, por lo tanto, dos caras de la misma moneda, que, sin embargo, en un momento dado de la cultura occidental (finales del siglo XVII) se enfrentaron como polos opuestos. La modernidad racionalista negó la tradición; y para defenderse de la modernidad la tradición se fosilizó

presentándose como algo inmutable. La modernidad llega muy agotada al presente. Y frotándose los ojos, descubre el reencantamiento de la sociedad: la reaparición de lo mítico, lo simbólico, lo narrativo, lo misterioso en una sociedad que lleva casi tres siglos educada en los postulados de la ilustración (basta observar el fenomenal auge de los tópicos de la medicina alternativa). Por su parte, la tradición religiosa asiste a un acelerado proceso de desafia-

La desafección cunde en la Iglesia y el Estado: el descreimiento infecta tanto a la política como a la religión

ción: las iglesias están cada día más vacías. La palabra religiosa ha dejado de ser el hilo de Ariadna que permite a los humanos adentrarse sin miedo en el laberinto de la existencia.

Esta “erosión del sagrado”, recuerda Duch, no debe atribuirse solamente al ataque de la razón dogmática, sino a la fosilización de la religión institucional, que se relaciona con los creyentes como el recadero que dicta e informa, pero impide el

proceso transformador que toda comunicación implica.

Pero la “erosión del sagrado” tiene el correlato de la “revolución de la credibilidad”: las instituciones hijas de la ilustración también sufren la bancarrota del sentido: el Estado, la escuela, la política, el canon cultural, la ciencia. La desafección ataca por igual a la Iglesia y al Estado. El descreimiento infecta tanto a la política como a la religión. El universitario es tan contestado como el teólogo. Las palabras del cardenal Rouco son tan discutidas como las del físico Hawking. El descreimiento es general. Afecta a todas las estructuras que desde tiempos inmemoriales servían para socializar el ser humano, para dar palabras al recién nacido: la familia está en crisis, como lo está la política y la religión. ¿Genera alguien confianza? ¿Alguna institución suscita lazos de comunidad? Sí: la televisión (y su continuidad en internet). A pesar de que sus fines son desradamente económicos. Y es que la tele tiene el poder de la emoción. Mientras el espectador queda preso de estas redes emotivas, los hijos de la modernidad y de la tradición, viejos rivales, observan el espectáculo de la bancarrota divididos. En un lado, los ensimismados, empecinados en sus dogmas; en el otro, los claudicantes, plégandose estéticamente a la derrota.●